

Los cristianos tomaron su desquite en la batalla de Lepanto, donde la escuadra otomana fue dispersa y destruida. Este revés contristó tan profundamente al sultan que pasó dos días sin beber ni comer. Aunque Selim no tuvo entre las odaliscas favorita alguna, tuvo algunos hijos, y cuando murió, que se hallaba en la flor de su edad, dejó seis. El mayor, según costumbre, vivió alejado de la corte, y los otros cinco, niños aun, no habían salido del Serrallo. La víspera de su muerte, el sultan les hizo colocar alrededor de su cama, y previendo su muerte, vertió lágrimas y dijo que sentía no haberles enviado cerca del rey de Francia, su aliado. Si hubiera cumplido este designio, se habría presenciado el extraño espectáculo que hubieran ofrecido cinco príncipes musulmanes educados en la corte de Enrique III, á la vista de Catalina de Médicis. Selim no se engañaba respecto del porvenir de su triste progenie; pocos días después de su muerte, Murad III, su sucesor, hizo estrangular á todos aquellos pobres inocentes.

La veneciana Baffe.—La griega Elenke.—La judía Keira-Kedun.—Las turcas Kiose y Ashada.

Murad no imitó á su padre. Una esclava veneciana, de la familia de los Baffe, fue por espacio de quince años su única favorita. Contra la costumbre, había conservado en el Serrallo su nombre de familia. Se la llamaba Baffe, y no olvidó nunca ni su origen, ni su desventura. Era una mujer severa y triste, que no tenía mas encanto que su incomparable belleza. El sultan se cansó de ella al cabo, y se le vió de repente abandonarse á las voluptuosidades que por espacio de tanto tiempo había desdenado. Sin embargo, ninguna de las bellas esclavas que el kishar-agasi le conducía diariamente alcanzaba una preferencia exclusiva. Había relegado á la austera Baffe á un rincón del Serrallo, y pasaba su vida en una serie nunca interrumpida de fiestas y placeres. Este alegre régimen alteró al fin su salud, y aunque su complexión era de las mas robustas, murió ético antes de cumplir los cuarenta y siete años. De la multitud de sus odaliscas habían nacido ciento dos hijos, entre los cuales había treinta niñas. El mayor de esta posteridad numerosa, el sultan Mahomed III, hijo único de la Baffe, subió al trono.

Entonces se representó en el Serrallo una tragedia horrible. Al día siguiente de su subida al trono, Mahomed pronunció la sentencia de muerte de todos sus hermanos. Diez y nueve jóvenes príncipes fueron estrangulados, y los mudos echaron al mar diez odaliscas que estaban embarazadas. En cuanto á las treinta niñas sultanas, tristes herederas de la familia imperial, el nuevo sultan las dejó vivir.

Después de estas ejecuciones, Mahomed III llevó una vida tranquila y voluptuosa. La Baffe, su ma-

dre, tomó con el título de valideh una influencia soberana.

Esta mujer, humillada durante tanto tiempo, triunfaba á su vez, y su primer acto de autoridad fue enviar á todas sus jóvenes rivales al Serrallo viejo, donde hay costumbre de encerrar todo el resto de su vida á las viudas de los sultanes difuntos. Nunca consintió que su hijo se aficionase de una sola mujer, y le escogió cuatro favoritas. La primera, que era una hermosa circasiana, le había ya dado un hijo, y según costumbre, ella había tomado el título de *hasschi*: las otras tres, esceptuando esta distinción, eran sus iguales; pero á pesar de los esfuerzos de la valideh para que todas estas mujeres guardasen á su señor el respeto y la adhesión que le debían, el padischa experimentó desgracias de familia. La bella griega Elenke había tenido de él un hijo que amaba con pasión, y en cuyo porvenir no podía pensar sin derramar lágrimas, porque sabía que no crecía sino para morir joven. Este dolor secreto la hizo enfermar, y se iba acabando de día en día, lo que no impedía que pareciese sin cesar mas encantadora á los ojos del sultan. Ella se aprovechó de estas disposiciones para declarar que lo que la perjudicaba era el aire demasiado puro que se respiraba en el Serrallo, y que si pudiese vivir algunos meses en el clima caliente de Egipto, se restablecería. La valideh, que notaba con inquietud el ascendiente que Elenke empezaba á tomar sobre su hijo, aconsejó con empeño este viaje, y se encargó ella misma de los preparativos. El sultan consintió con repugnancia, y sin embargo, fue tan condescendiente que hasta permitió que Elenke llevase consigo á su hijo. La favorita se embarcó con un numeroso séquito de esclavos y de eunucos negros. El buque turco que la llevaba tuvo que fondear en el puerto de Salónica, porque el joven príncipe había caído peligrosamente enfermo. Pocos días después murió. Su cuerpo fue sepultado con las ceremonias de costumbre y depositado en un sepulcro redondo cerca de la gran mezquita. Elenke envió á uno de sus eunucos á Constantinopla para anunciar al sultan esta infausta nueva, y ¡cosa rara! en aquel mismo día ella desapareció sin dejar huella, y sin que nunca mas se supiese su paradero. Parece que desde mucho tiempo había concebido este plan de evasión, y que lo había realizado á fuerza de astucia, perseverancia y audacia. Con el auxilio de uno de sus eunucos negros, había logrado engañar á todos los que la rodeaban. El que descansaba en el sepulcro redondo era un niño judío, muerto de la peste, y no su hijo, al cual sustrajo á la triste suerte que le estaba reservada. Se sospecha que favorecieron su fuga los cristianos de Salónica, porque ella era de origen cristiano, y había siempre manifestado poco celo respecto de la ley del profeta. La noticia de su fuga causó al

sultan mas admiración que dolor, pero la pérdida de su joven hijo le afectó profundamente.

A la sazón turbaron el Serrallo inciertas intrigas. Mucho tiempo hacía que la *hasscki* tascaba con impaciencia el freno de la autoridad de la valideh Baffe, y trabajaba sordamente para colocar á su hijo en el trono. Esta mujer atrevida había logrado sobornar á los jefes de los genizaros, y á la mayor parte de los altos funcionarios de la Sublime Puerta. El complot se había urdido con tanta prudencia y habilidad, que los espías encargados por la valideh de vigilar á su enemiga no llegaron á descubrir ningun hilo de la trama. Ya el chazadeh había salido secretamente de Magnesia donde residía, para pasar á recoger la herencia de su padre; pero en la víspera del día fijado para la ejecución de tan enorme crimen, un eunuco negro lo reveló todo al sultan, manifestándole que el chazadeh escondido en uno de los hislawegas del Serrallo aguardaba que estuviese todo concluido para presentarse al pueblo.

Cuando el sultan estaba oyendo estas revelaciones las muezines anunciaban la oración de la tarde, y de consiguiente no quedaba mas que una sola noche para prevenir el golpe fatal, pero esta noche fue suficiente. Antes que asomase el alba los mudos fueron á estrangular al chazadeh en el kiosko en que estaba escondido; catorce elevados personajes, cómplices suyos, sufrieron la misma suerte, y la *hasscki* metida viva dentro de un saco de cuero fue precipitada al fondo de los mares.

A consecuencia de estos acontecimientos Mahomed III quedó abismado en una negra melancolía, haciéndosele sospechoso cuanto le rodeaba, á escepción de la valideh, á la cual confió completamente la gobernación del Estado. La vieja princesa no era muy hábil en política, pero poseía el arte de dominar las facciones y de atraerse la opinión popular. Habiendo los turcos sido batidos en Hungría, sobrevinieron grandes desastres; las provincias se sublevaron; faltó el pan en Constantinopla, y el populacho empezó á agitarse y á manifestar su descontento. La valideh, para apaciguar á las turbas, ordenó un *dahelme* (fiesta pública); hubo una cabalgata en que figuraba toda la corte, y en que ella misma se presentaba á caballo y sin velo. Esta novedad no tenía precedente alguno, y excitó sobremanera la curiosidad de los buenos musulmanes que hasta entonces no habían entrevisto jamás el rostro de una sultana. La Baffe era hermosa aun, dice un testigo ocular; tenía la tez muy blanca, los ojos negros y llenos de fuego, y un gesto y actitud muy imponentes. Su *tefelatar* (tesorero), iba en pos de ella, y la presentaba continuamente puñados de *aspros* (moneda menuda) que arrojaba al pueblo.

Mahomed III no tenía mas que dos hijos nacidos de

la misma madre, una esclava de Chipre escogida entre los hijos de tributo. Esta favorita había tributado siempre los mayores respetos á la valideh, y se le había hecho propicia con la dulzura y humildad de su carácter. Agena á todas las intrigas del Serrallo, no trató de elevarse después del trágico fin de su terrible rival, y recibió el título de *hasscki* con una especie de indiferencia. La Baffe gobernaba, pues, pacíficamente, y su poder parecía asegurado mucho tiempo, cuando la derribó un acontecimiento el mas inesperado. Mahomed III murió á la edad de treinta y ocho años, víctima de una enfermedad que no duró mas que una sola noche, y que se dice era la peste.

La chipriota salió entonces de su oscuridad, y de repente descubrió cualidades que no podían sospecharse en ella. De acuerdo con el gran visir, se apoderó del poder, y relegó á la valideh Baffe al fondo del Serrallo viejo después de haber hecho trasladar al tesoro las riquezas inmensas que la sultana había acumulado. Su influencia modificó la bárbara costumbre que condenaba á muerte á todos los hermanos del emperador reinante. Mustafá, el único hermano de Achmet II, no fue entregado á los mudos, sino que del harem, del cual no había aun salido, fue trasladado á uno de los cafes situado en el fondo de los jardines del Serrallo. Algunos eunucos y algunas viejas esclavas, fueron encerradas con él para hacerle compañía.

Para un adolescente, que no había aun probado la libertad, nada seguramente tenía de terrible aquella cárcel, y su manera de vivir probó que se había resignado á ella de muy buen grado.

Achmet II acababa de cumplir 16 años cuando sucedió á su padre. Era de una complexión valetudinaria y enfermiza; miraba con indiferencia á todas las esclavas y hasta le importunaban los atractivos que procuraban estas descubrir para agradaarle. Su única favorita era una judía vieja llamada Keira-kadum, cuya cara era de las menos escitativas. Siendo joven había gustado al sultan, porque le refería anécdotas y cuentos, y le proporcionaba en secreto frascos de un vino de Quio, que halagaba mucho su paladar. Bajo la apariencia de un humor siempre alegre y complaciente, Keira disimulaba una avaricia escesiva y una aversión sorda á todo lo que no pertenecía á su raza. Traficaba con las mercedes que obtenía. En poco tiempo había acumulado inmensos bienes, y creciendo su insolencia con su fortuna, exigía que se la respetase tanto como á la madre del sultan. Su favor se convirtió al cabo en un escándalo público; el pueblo se amotinó viéndose gobernado por una judía vieja, á la cual había visto en otro tiempo arrastrar su miseria á las puertas de los bazares. Un día los genizaros invadieron el primer patio profiriendo gritos confusos, terribles preludios de todas las sediciones.

Luego atacaron las puertas del segundo patio á fin de penetrar en el interior del Serrallo; pero la tropa fiel de los jbandjis que defendian el paso, consiguió rechazarlos. Al principiar la revuelta, el príncipe se hallaba en uno de los kioskos que miran al mar, escuchando las anécdotas que le contaba Keira-kadun, y desde aquel punto no podia oír los rumores que venian de fuera, por lo que quedó muy asombrado cuando el gran visir se llegó á él precipitadamente para advertirle que los genzaros sublevados asediaban el Serrallo. Y bien, ¿qué quieren? preguntó el sultan sin inmutarse.—Quieren la cabeza de Keira-kadun, y es necesario dársela, respondió el gran visir resueltamente. La desgraciada mujer se echó de rodillas á los pies de su señor, y le suplicó que la salvara. Pero los gritos amenazadores de los genzaros llegaron al kiosko, y todo era de temer de su tremenda saña. El sultan Achmet trató en vano de defender á su favorita; apremiado por el gran visir, tuvo que dar la orden fatal. Un jbandji se apoderó de Keira-kadun y se la llevó ya medio muerta de angustia y de espanto. Fue conducida al segundo patio, y un momento despues su cabeza, arrojada por encima de las almenas de la puerta de las Saluciones, caía en medio de los sediciosos. Esta ejecucion apaciguó la revuelta y todo volvió á entrar en el estado normal; pero el jóven emperador no se consoló tan fácilmente de la pérdida de su antigua amiga, y no tardó en vengarla haciendo estrangular al gran visir de quien sospechaba que habia fomentado secretamente la revuelta de los genzaros.

Entre las bellas esclavas con que el kishar-agá iba repoblando el Serrallo, se halló una en fin, que tuvo la suerte de caer en gracia al jóven emperador. A esta gran noticia la alegría entró en el harem imperial. Todas las odaliscas concibieron la esperanza de obtener tambien el amor del sublime sultan. Hubo, en efecto, varias favoritas que casi simultáneamente le hicieron padre de un hijo y de cuatro hijas. La que tuvo la fortuna de dar á luz el chazadeh fue, segun costumbre, proclamada hasscki; pero quedó confundida entre sus rivales y tuvo que contestarse con este vano título.

En medio de tantas mujeres cuya felicidad era tan pasajera y que agitaban el Serrallo con sus celos, sus discusiones y sus intrigas, se hallaba una esclava jóven que tenia la mas bella educacion que pudiera haber recibido una mujer turca. Sabia leer y escribir correctamente el turco y el persa, cantaba además muy agradablemente y bailaba con mucha gracia. Su semblante era de una belleza no mas que regular; tenia la tez tersa, el pelo rubio como el oro y los ojos negros. Se la habia dado el nombre de *Kiose*m (gordiflona), porque en realidad no era delgada, si bien sus miembros eran fuertes y graciosos. Trascurrieron

años antes que el sultan fijase en ella sus miradas; pero fue al cabo atraído por la dulzura de su voz; descubrió luego que sabia tantos cuentos é historias maravillosas como su tan llorada Keira, y desde entonces no se cuidó ya de las demás odaliscas.

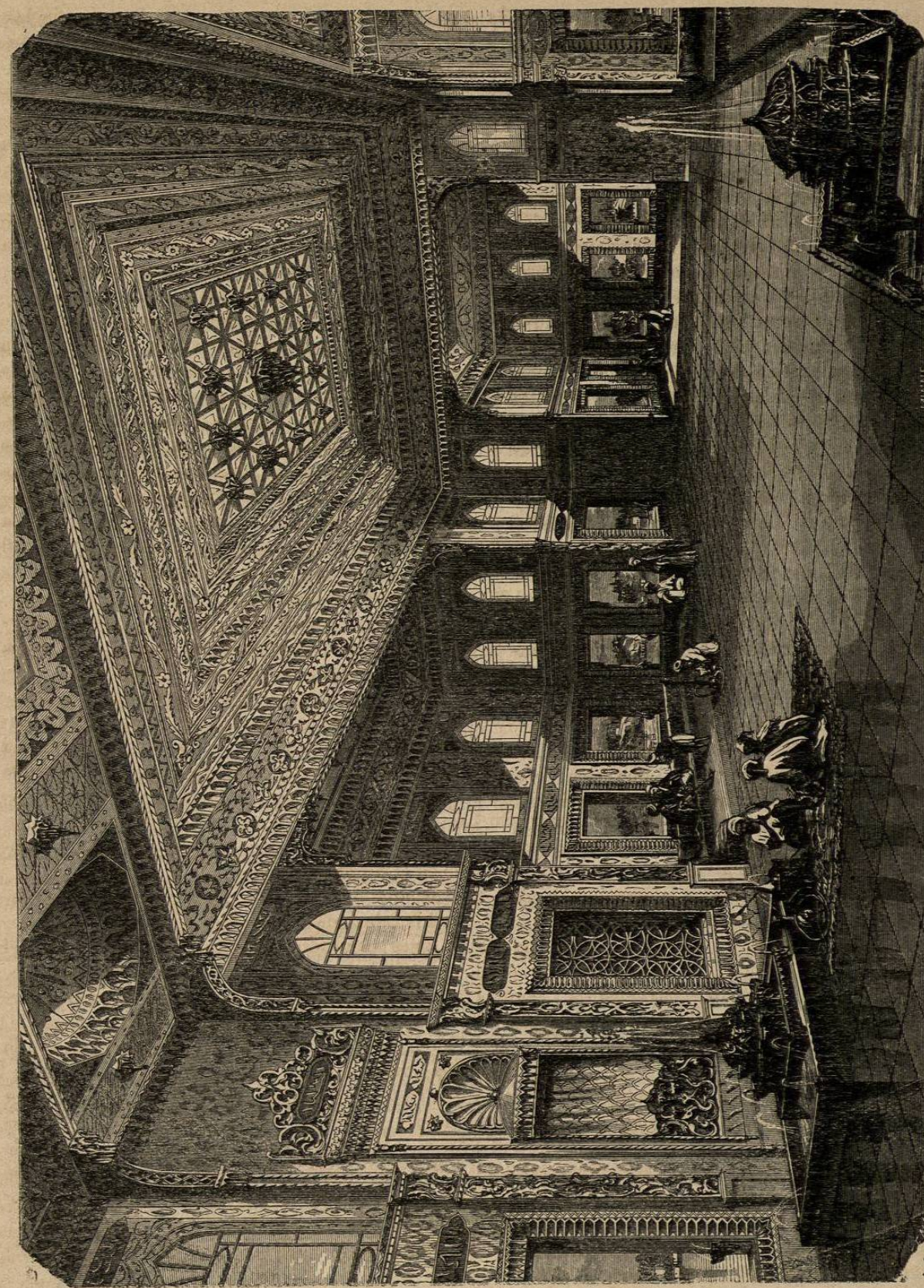
Kiose

El sultan la dió luego pruebas extraordinarias de su amor. No pudiendo quitar á la hasscki el título de que estaba en posesion, nombró á Kiose

Aunque Achmet no fue jamás en persona á combatir á la cabeza de sus ejércitos, su reinado fue glorioso, pues sus generales ganaban batallas, mientras él levantaba la hermosa mezquita que lleva su nombre, y hacia prudentemente estrangular á uno de sus yernos, el gran visir Nassuf, que trataba de destronarle. Este Nassuf habia tenido el honor de casarse con la hija primogénita del sultan y de Kiose

Este nombre quiere decir en persa piedra preciosa.

El sultan Achmet era el hombre mas dichoso de su imperio. Osman, su hijo primogénito, no anunciaba mas que bellas inclinaciones, y no le causaba aun ningun cuidado. Kirsem le habia hecho padre de dos



Salon de verano en el Serrallo.

hijos que se hallaban aun en la menor edad y de varias sultanitas.

La valideh, su madre, veia sin envidia el influjo

de la favorita, y las dos vivían en buena inteligencia. Pero los destinos humanos no consienten una felicidad tan completa. En medio de su gloria, el sublime

emperador experimentó los primeros síntomas de un mal, cuya causa era desconocida. Aunque estaba en la flor de su edad, languidecía lentamente, y cada día parecía que se llevaba un año de su vida. A pesar de su ignorancia sus médicos comprendieron que sus remedios serían inútiles, y se lo advirtieron á la valideh. Ya Kiosem sabia que el sultan se acercaba á su última hora, y preveía los acontecimientos que seguirían á este suceso: todo cambiaba á su alrededor, su poder caía y estaba amenazada de concluir sus días en el Serrallo viejo, despues de haber visto estrangular á sus dos hijos. Tal era el porvenir que la esperaba, si el chazadeh sucedía directamente á su padre. Para evitar esta funesta suerte, tuvo el atrevimiento de provocar una alteracion en el órden de sucesion. De acuerdo con la valideh, dió á entender al sultan que el chazadeh era muy jóven para gobernar tan vasto imperio, y que los bajáes turbulentos, y los genízaros indóciles, no dejarían á un niño de doce años subir pacíficamente al trono. Para evitar las desgracias que preveía, le comprometió á designar él mismo para sucederle á aquel hermano al cual su magnanimidad habia perdonado la vida, y que hacia catorce años que vegetaba en el café que le servían de prision.

El triste monarca se rindió á estos consejos y mandó que hicieran comparecer á Mustafá.

Este se postró de rodillas al entrar en la cámara imperial; temía que una sospecha ó un capricho le entregase al lazo fatal. Los dos hermanos no se habian visto mas que una vez desde que el uno reinaba y el otro languidecía en su prision; aunque jóvenes, uno y otro parecían igualmente viejos; la enfermedad y el cautiverio habian producido el mismo efecto.

En presencia de la valideh, de Kiosem y del gran visir, el emperador moribundo designó como sucesor al príncipe Mustafá y le recomendó su jóven familia, rogándole con las lágrimas en los ojos que dejara vivir á sus hijos.

Achmet II murió algunas horas despues de haber hecho esta especie de testamento, y sus últimas voluntades fueron fielmente ejecutadas. El sultan difunto dejó seis hijos varones: el primogénito Osman, que conservó el título de chazadeh, Mohamed, que solo tenia ocho días menos de edad que el presunto heredero, Murad é Ibrahim, que Kiosem habia dado á luz, y otros dos príncipes pequeños, nacidos de oscuras favoritas. Estas débiles ramas del tronco imperial hubieran indudablemente perecido, si Kiosem no hubiese tenido la habilidad de hacer que Mustafá sustituyese al heredero directo de la casa otomana. El nuevo emperador tenia apenas veinte y cinco años, pero era casi idiota. Su larga cautividad le habia quitado el vigor del alma y la salud del cuerpo. Aunque en la serie de retratos de que he hablado estaba

representado con los cabellos negros, los labios rojos y la mirada terrible, tenia en realidad la barba rubia, los ojos lánguidos y una fisonomía muy apacible. Sus ideas no eran siempre claras; no se divertía mas que con sus enanos y sus bufones; un día, queriendo recompensar á los bastandjis que cuidaban el jardín, por el cual le gustaba pasearse, les hizo echar por las ventanas de su habitacion puñados de oro y de joyas. Pronto se mostró indiferente á todo lo que le rodeaba, y la poblacion del Serrallo llegó á no tener ningun respeto á su persona. Por otra parte el pueblo murmuraba, diciendo que el sultan no presentaba buena figura á caballo, y que tenia siempre los ojos levantados al cielo como un santón. El kislár-aga, que no gozaba de crédito mas que entre las mujeres, viéndose sin funciones y sin autoridad bajo un amo tan exento de pasiones, se coligó con el *cheik-ut-islam* y algunos otros elevados personajes para destronar á Mustafá. El gran visir y los agás de los genízaros entraron en la conspiracion, y el *cheik-ul-islam* (jefe de la religion), espidió un *fatwa* en el que declaraba que los buenos musulmanes debían negar la obediencia á un sultan insensato. Un día el sultan Mustafá, al volver de un paseo por el Bósforo, entró como de ordinario en el departamento de las mujeres para hacer su visita á la valideh. El kislár-aga hizo al instante cerrar las puertas detrás de él, y se llevó las llaves; una tropa adicta guardó el paso, por el cual se comunicaba con las demás partes del Serrallo. Los conjurados se reunieron luego, y sin perder un momento, pasaron al departamento de los jóvenes príncipes, hijos del sultan Achmet. El gran visir Alí-bajá tomó el chazadeh de la mano y le condujo á la sala del consejo, donde fue inmediatamente proclamado emperador. Todo el mundo esclamó: «¡Larga vida al sultan Osman! ¡Mil años de reinado al padischá!» Entre tanto, Mustafá se hallaba aun con la valideh; ni uno ni otro habian oido grito alguno, y cuando el sultan destronado quiso salir, quedó asombrado al ver que las puertas estaban cerradas, y mandó con cólera que se las abriesen. El kislár-aga apareció entonces, y le dió cuenta de lo que acababa de pasar. Al mismo tiempo le invitó friamente á trasladarse al café que habia ya habitado. Mustafá se puso furioso; contra toda prevision comprendía su destronamiento, y manifestaba una energía de que parecia incapaz. Pero el kislár-aga no era hombre que se dejase intimidar por sus gritos y su resistencia. Dueño absoluto en el departamento de las mujeres, mandó á los eunucos que encerrasen á Mustafá en algun paraje, del cual no pudiese escaparse, y como la valideh exhortaba á su hijo á la defensa, la hizo conducir al Serrallo viejo con algunas antiguas odaliscas confidentes suyas. El sultan destronado tuvo por prision una torre, cuya única puerta se abria

al harem. Su mansion no recibia mas que un poco de luz por una estrecha ventana sólidamente enrejada, y él se quedó sin mas compañía que dos antiguos esclavos y un viejo eunuco negro.

El monarca adolescente se dejó en un principio gobernar por los que le habian colocado en el trono; pero antes de haber cumplido quince años, se echó de ver que no tardaría en reinar por sí mismo. Ya el poder le embriagaba, y le gustaba presentarse al pueblo con el soberbio aparato de los sultanes. Un viajero de aquella época, que encontró á su paso al padischá al ir á la mezquita de Santa Sofía, dijo con entusiasmo: «La mas bella odaliscas no podría disputarle el premio de la belleza; tiene los ojos negros, los labios rojos y una tez admirable; su estatura es alta y magestuosa, y toda su persona inspira admiracion.

A pesar de estas ventajas esterioreas, Osman no se atrajo las simpatías de la multitud. Se manifestaba ya feroz, violento, inflexible, y el Serrallo entró muy pronto en la obediencia bajo su mano de hierro. Tenia severidades que hacian temblar á los antiguos bajáes, y sembraban el terror en torno suyo. Tuvo un hijo antes de cumplir diez y seis años, y no aguardó á que un naciente bozo sombrease su labio para ponerse al frente del ejército. Por intrepidez ó por presuncion, quiso mandar los trescientos mil hombres que enviaba á Polonia; pero despues de una campaña sangrienta volvió á Constantinopla vencido y casi fugitivo. Profundamente humillado por esta derrota, acusó á los genízaros de falta de valor, y concibió contra ellos un odio implacable. Desde entonces resolvió sin duda destruirlos, pero otro cuidado le distrajo de su propósito.

Habia en Constantinopla una jóven de elevada cuna, llamada Ashada. Si bien el harem del *cheik-ul-islam*, su padre, era un lugar inaccesible, se sabia que estaba dotada de tan singular belleza, que no habia quizá otra que la igualase en todo el imperio. El padischá fue escitado por el retrato que le hicieron de tan gran maravilla. Pidió al *cheik-ul-islam* que le trajese su hija. La bella Ashada respondió altivamente que el sublime emperador era dueño de su vida, pero que preferiria mil veces ser la mujer legítima del último de sus vasallos, á ser una de sus odaliscas. Este escrúpulo, extraño en una turca, irritó la pasion del sultan, y no vaciló en elevar á la clase de su mujer legítima á la ambiciosa jóven. Esta fue conducida al Serrallo con el ceremonial que se acostumbra en los matrimonios musulmanes, y tomó inmediatamente el título de sultana.

Esta infraccion de las leyes del Estado y de las costumbres de la casa otomana, sublevó el sentimiento público. Los bajáes, cansados del yugo que sobre ellos tan duramente pesaba, se unieron á los genízaros descontentos. Se esparcieron noticias alar-

mantes, y luego circularon rumores de que el sultan Osman, próximo á abandonar el Serrallo de Constantinopla, iba á trasladar la córte de su imperio al gran Cairo. Entonces el pueblo crédulo empezó á agitarse y á hablar del sultan en términos poco decorosos. Al primer indicio de esta sedicion el sultan habia enviado á los mudos á estrangular á su hermano Mahomed. Muy cerca de treinta años hacia que ningun varon de sangre imperial habia perecido de muerte violenta, y este acto de cruel prudencia acabó de hacer al sultan odioso. La revuelta se propagó como un incendio; los genízaros acometieron el Serrallo con espantosas amenazas, y sus agás, lejos de contenerles, marcharon con ellos. Osman no tenian en torno suyo mas que la gente del Serrallo; opuso, sin embargo, una resistencia enérgica á sus enemigos, y no cayó en sus manos sino despues de cuatro días de lucha. Los crueles genízaros le condujeron al castillo de las Siete Torres, colmándole de ultrajes y llevando delante de él en la punta de una pica la ensangrentada cabeza de su gran visir.

Cuando el sultan destronado hubo salido del Serrallo, el kislár-aga, que á la cabeza de sus eunucos negros custodiaba el departamento de las mujeres, se fué á visitar á Kiosem. La viuda de Achmet II se habia quedado en el harem imperial en disposicion de vigilar los acontecimientos. La muerte de Mohamed y la destitucion de Osman, daban el imperio á su hijo mayor Murad, y sin embargo, cuando el kislár-aga la anunció esta gran noticia, la prudente mujer respondió friamente: «todavía no.»

No se engañaba. Los genízaros, dueños de la situacion, buscaban en todas partes á Mustafá para elevarle al trono; un icoglan les enseñó su prision, pero no pudieron penetrar en ella inmediatamente, porque la puerta se abria al harem, mansion inviolable hasta para soldados furiosos. A estos se ocurrió en fin quitar la cúpula de plomo que servia de techo á la torre, y tres genízaros, ágiles saltadores, bajaron á la cárcel, donde hallaron al pobre preso medio muerto y rezando con el Coran en las manos. Durante los desórdenes le habian olvidado, y estuvo cuatro días sin tomar alimento alguno. Los dos viejos y el eunuco negro estaban acurrucados en un rincón, próximos á exhalar el último aliento.

Mustafá fue sacado de la torre con cuerdas, y le condujeron al campamento que los genízaros habian formado cerca de la puerta de Andrinópolis, donde fue proclamado de nuevo, é inmediatamente nombró su gran visir á Darud-bajá, el cual habia tenido la honra de casarse con una de las sultanas, hijas de Achmet II y de la valideh. Algunos días despues Darud-bajá se trasladó al castillo de las Siete Torres para llevar al desgraciado Osman la órden fatal, con cuyo objeto fue acompañado de los siniestros ejecu-